

JOSÉ MARÍA MORELOS

y la política del gobierno americano

Por Antonio Arriaga Ochoa

Mientras los libertadores de la América del Sur cosecharon laureles y el poder, las cabezas de nuestros héroes fueron exhibidas con escarnio y ninguno logró conquistar la victoria.

José Antonio Páez, fue aclamado como Presidente de Venezuela; Sucre, Presidente de Bolivia; El General Flores, Presidente del Ecuador; San Martín, Protector del Perú; Rafael Urdaneta, Presidente de Colombia; Bolívar, recibió un homenaje rayano en apoteosis y vió a sus pies a todas las repúblicas libertadas.

Mientras que las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez eran exhibidas con escarnio en el Castillo de Granaditas, a Morelos se le sujetaba a un formulismo jurídico, militar y religioso y era fusilado en San Cristóbal Ecatepec. La tragedia que se desarrolló ha sido tan grande, que ni siquiera sus auténticos retratos han sido identificados.

¿Acaso fueron héroes de derrotas, como lo afirma José Vasconcelos, o existen causas claras acerca de las derrotas?

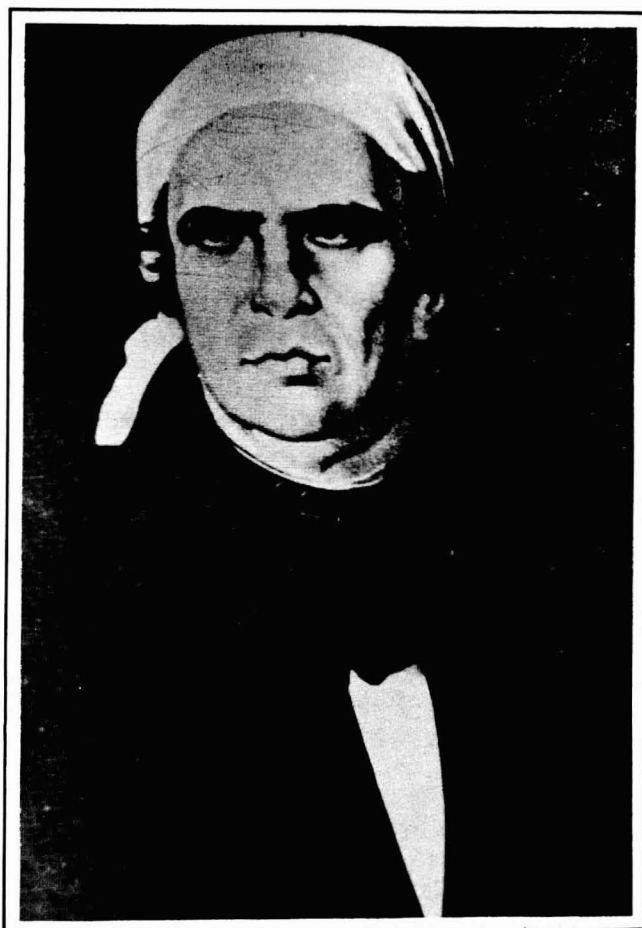
Pero nosotros no sabemos si se debe admirar más en la personalidad de Morelos, al guerrero, al ciudadano o al estadista.

Niño, se irguió y trabó ruda lucha con la desgracia y la miseria que llamaban a su hogar. A la muerte de su padre, Morelos fue el nuevo sostén de su familia. Para ello se hizo arriero y como mozo de recua, recorrió gran parte de su Estado nativo: Michoacán.

Aquello era una heroicidad que indicaba que en el niño humilde se encontraba un gran corazón. Entonces libró la primera batalla con la adversidad y la venció plenamente. Cumplió con sus deberes de hijo, como más tarde había de cumplir con los de mexicano.

La vida de un hombre, sobre todo las de los grandes hombres, es, en la mayor parte de los casos, consecuencia de las impresiones recibidas en la niñez. La adolescencia y la juventud del futuro héroe, se deslizaron en el trabajo fecundo, en el cumplimiento del más santo de los deberes, recorriendo las anfractuosidades de sierras dilatadas, llenas de precipicios a la vez que de encantos incomparables. En ellas aprendió Morelos a luchar y vencer a la naturaleza, a trepar montañas inaccesibles, a vadear ríos caudalosos y desafiar las mordeduras de insectos venenosos, a extasiarse ante los soberbios panoramas de aquellos bosques vírgenes, a vivir, en una palabra, con la naturaleza, en pleno contacto con la luz, con el sol, con la montaña y con el mar, se enseñó a sentir al pueblo.

José María Morelos a la edad de treinta años se matriculó



en el Colegio de San Nicolás, en los días en que el Colegio dirigido por Hidalgo, se inquietaba bajo la influencia de las nuevas ideas, se discutía la mejor forma de gobierno; los discípulos de Hidalgo lo defendían en actos públicos y sostenían la reforma educativa. Morelos se formaba dentro de su mutismo de estudiante de treinta años, sobresalía en gramática y filosofía, sin embargo, no podemos hacer afirmaciones del contacto intelectual entre el Rector y alumnos, sino con las bases de la experiencia posterior.

“Si el destino no le hace salir de su posición mediocre, como cura de Carácuaro, allí habría terminado su vida obscura sin otros incidentes que algunos amoríos con mujeres anónimas”, que se explican conociendo el carácter impetuoso del caudillo, “porque su gloria no está en haber sido un manso pastor de almas”, y no es ofensivo escribir de acuerdo con documentos que hemos examinado, “que mu-



chas veces perdió la paciencia por aquella sorda resistencia de sus taimados y ladinos feligreses¹.

Esta parte de la vida de Morelos está muy lejos de ser, de acuerdo con los trazos que hacen de ella muchos escritores que conservan el viejo estilo liberal para la investigación histórica, porque la vida de un hombre extraordinario como Morelos, debía estar agitada por pasiones que buscaban un cauce para crear algo nuevo. Sería absurdo que en la época dorada del cristianismo, los biógrafos de San Agustín o San Pablo, hubieran tratado de ocultar sus vidas tormentosas y apasionadas, porque el resultado fue igualmente su apasionante obra.

La vida de Morelos comienza en el momento en que habiendo sabido que Hidalgo había proclamado la independencia, se decidió a ponerse a sus órdenes.

Tenía Morelos instintivo conocimiento de los hombres de valor y una gran fuerza de atracción. Así fue como en Tecpam del Estado Guerrero, en la Costa Grande, conquistó a los hermanos José y Hermenegildo Galeana, que fueron grandes servidores de la causa de la Independencia. Más tarde atrajo a las filas de la Patria a la familia de los Bravo.

Por su desorden anárquico y violento, la guerra de Independencia ha sido atacada por don Agustín de Iturbide, por Anastasio Bustamante, que llegó a la Presidencia de la República, y por don Lucas Alamán.

Se refiere que Iturbide encontrándose en el ataque del cerro del Cópore, sentado al abrigo de una peña con el General Filisola, entonces Capitán de Granaderos, mientras se reunía la tropa, lamentaba tan inútil derramamiento de sangre, llamando la atención de Filisola a la facilidad con que la independencia se lograría, poniéndose de acuerdo con los insurgentes las tropas mexicanas que militaban bajo las ban-

deras reales; pero considerando el completo desorden de los primeros, concluyó que era menester acabar con ellos antes de pensar en poner en planta ningún plan regular.²

Las tropas realistas disponían de limitado número de fusiles, pero como tenían los puertos abiertos, pronto allanaron el obstáculo; por su parte, los insurgentes solamente por la violencia y la destrucción, muchas veces, podían luchar ante la imposibilidad de poderse armar.

La táctica militar de destruir las riquezas de los españoles, seguida por Morelos, ha sido exagerada por Alamán y sus discípulos, publicándose, inclusive, documentos que son una interrogación para la Historia de México,³ atribuyéndole la idea de llevar a cabo una sistemática destrucción de la riqueza, sin tomar en cuenta que la destruyó, cuando era un obstáculo para la guerra que se libraba.

Para contrarrestar esta vieja idea, la Universidad Michoacana publicó documentos interesantes que encontramos en el Museo Michoacano, en donde el Caudillo dicta disposiciones para evitar la destrucción de los bienes de la nación y la riqueza que consideraba como propiedad del pueblo.⁴

La obsesión de Morelos en sus campañas fue la busca de armas; la astucia del Caudillo compensaba la pobreza de los elementos, aprendió a ser soldado y a formar ejércitos, teniendo por talleres y arsenales las filas enemigas.

Sus relaciones con los Estados Unidos

La necesidad de armamentos urgentes fue la causa del empeño de Morelos de comunicarse con los Estados Unidos, como antes lo habían hecho infructuosamente Hidalgo y Allende. Hay que recordar que en el sitio de Cuautla existía el batallón de los honderos para suplir la falta de fusiles.

Y dentro de la etapa de la Independencia que vivió Morelos, aparecen los sueños exaltados de los insurgentes, creyendo que la ayuda de los Estados Unidos se realizaría de un momento a otro.

Y en esa etapa de la guerra de la Independencia, en el año de 1814, cuando no se ponía el sol en los dominios españoles, las aguas del Golfo de México se conmovían con las impetuosas correrías de unos famosos piratas, terror de las costas de la Nueva España.

Sus hazañas tuvieron tal carácter épico que cobraron prestigio en el ambiente romántico de las letras, merced a los aspectos de leyenda, prósperos motivos de floridas inspiraciones a las fantásticas lirás de los poetas. Se dice que Lord Byron supo de estos piratas y de sus proezas, cuyo conocimiento originó su poema inmortal: *El Corsario*, publicado en 1814. Así se inició ese curso de literatura histórica de pura leyenda, girando alrededor de la memoria de estos célebres piratas.

Juan Lafitte era originario de Francia, una aureola de popularidad lo comenzó a rodear por sus aventuras como corsario de los Estados Unidos; se conquistó la simpatía cuando ayudó al General Andrés Jackson a salvar la ciudad de Nueva Orleans en la guerra que sostenían los Estados Unidos contra Inglaterra, que fue decisiva para la Independencia de la naciente nación.

² Alamán, Lucas, *Historia de México*.

³ Alamán, Lucas, Documentos núm. 19, *Historia de México*. Edición Jus, 1942.

⁴ Morelos. *Documentos*. Edición de la Universidad Michoacana, 1942.

¹ Teja Zabre, Alfonso, *Morelos*.



Después de esta hazaña el General Jackson llamó a los hermanos Lafitte y a sus compañeros Domingo You y Baluche, “caballeros en la guerra” y olvidó que días antes había rechazado su ayuda y los había llamado “ladrones y piratas”. El perdón del Presidente de los Estados Unidos se les concedió con el aplauso de la nación”.⁵

Pero los Lafitte regresaron a sus correrías, era muy chica la ciudad de Nueva Orleans, necesitaban el Golfo de México para vivir, como en el poema que inspiraron a Lord Byron: “Cuando navegamos sobre las llanuras azuladas, nuestras almas y nuestros pensamientos se hallan libres como el océano. Tan lejos cuanto los vientos pueden llevarnos y en todas partes en donde espuman las olas encontramos nuestro imperio y nuestra patria. La muerte no nos aterra, particularmente si perecemos al mismo tiempo que nuestros enemigos. La muerte nos parece poco más triste que el enfadoso reposo”.⁶

El socio de los Lafitte accidentalmente en sus correrías llegó a la barra de Nautla, en los momentos en que el enviado de Morelos, Pedro Elías Bean, trataba de embarcarse a los Estados Unidos.

Fray Antonio Pedroza, amigo de don Ignacio López Rayón, se dió cuenta de la llegada de los americanos, así como Juan Pablo Anaya que se preparaba igualmente a salir para los Estados Unidos, como enviado del Lic. Rosains, Secretario del Congreso.

Las noticias más disímbolas llegaron al campo insurgente, las proclamas sobre la supuesta ayuda de los Estados Unidos, fueron publicadas por don Ignacio Rayón:

“Seis mil norteamericanos desembarcarían en Tampico y expresaba con grandes alientos que la causa emancipadora

estaba salvada con la alianza de las provincias del Norte, “las que son envidia de las naciones”.⁷

Cuando el Congreso supo en Tiripetío, Michoacán, estas noticias, mandó solemnizarlas con grandes regocijos públicos porque había llegado un enviado del Gobierno Americano.

Pero los Lafitte sí deseaban ayudar personalmente a la Independencia de México, como lo habían hecho con Bolívar, y meses después escribía a un compañero de correrías: “veo con infinito gusto sus intenciones para abrazar la causa que yo he sostenido desde hace ocho años y la cual nunca abandonaré: la emancipación de las provincias mexicanas”.⁸

Fracasaron los enviados de Morelos: Pedro Elías Bean, Alvarez de Toledo, Juan Pablo Anaya.

Pedro Elías Bean desengañó a Morelos: los Estados Unidos eran amigos de la insurrección mexicana, pero la guerra con Inglaterra les evitaba dar ayuda.

Y el primero de septiembre de 1815, al publicar el Presidente de los Estados Unidos su proclama prohibiendo terminantemente el contrabando de armas y movilizando la flota para resguardar del contrabando las costas de la Nueva España, contribuyó a la derrota de Morelos.⁹ Dos meses después el Caudillo era fusilado. Después de las victorias de Cuautla, Oaxaca, Acapulco, era imposible rehacer el ejército, que ya no era una guerrilla de unos cuantos hombres; ya se necesitaban enormes pertrechos de guerra para planear la etapa final a fin de lograr la Independencia.

Pero el patriotismo del héroe se había realizado al organizar los cimientos del gobierno civil, reuniendo al Primer Congreso Mexicano y dando una Constitución al País.

Quiso el Congreso dar a Morelos el tratamiento de “Excellencia”, pero él lo rehusó modestamente, prefiriendo el de “servidor de la nación”, así como Bolívar rehusó la corona que se le ofreció, aceptando el título de “primer ciudadano de su patria”.

Ya había escrito en su Constitución: “como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales que obliguen a la constancia y patriotismo, moderando la opulencia y la indigencia; y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto...”

Fue aquel hombre un raro conjunto de cualidades que difícilmente se reúnen en un solo individuo.

Era un genio y a la vez un corazón, un vidente y una energía. Era cerebro que meditaba y brazo que ejecutaba. Aguila y León, veía desde las alturas y caía implacable sobre los enemigos de la Patria. Inteligencia privilegiada, cultivada más que en los libros, en la comunión diaria con la naturaleza, en los bosques milenarios de la tierra caliente, en la meditación continua de los grandes problemas que agitan a las sociedades, y en las soledades misteriosas de las noches, de aquella naturaleza cálida y bravía donde parece palpitar la vida en mil floraciones del mundo orgánico.

El genio se eclipsó para poner los cimientos del Gobierno Civil de México. Ese fue su sacrificio supremo que lo llevó al martirio.¹⁰

Y con su muerte se cerró la leyenda heroica de la guerra de la Independencia Mexicana. ♦

⁷ Rubio Mañé, Obra citada.

⁸ Lyle Saxon, *Lafitte the Pirate*. Nueva York, 1930, pág. 228-230.

⁹ Gaceta del Gobierno de México. Martes 2 de enero 1916.

¹⁰ *La Prensa*. San Antonio, Texas, E. U. de A.

⁵ Rubio Mañé, J. Ignacio, *Los Piratas Lafitte*.

⁶ Lord Byron, *El Corsario*. Librería Hachette, S. A. Buenos Aires.